

EL ALMA ATRIBULADA BUSCA EL CONSUELO Y LO INVOCA

OLVIDEME de comer mi pan de dolor, y mi virtud se secó como teja; a las fauces se pegó mi lengua, y fui reducida a polvo de muerte, subía al cielo, estribando en pies de barro y dando en ellos tu verdad descendí hasta el abismo de mi confusión y miseria.

El Señor deduce al infierno y saca de él cuando humilla al alma que se ensalza, para ensalzarla después que se conozca, porque ve su humildad y su trabajo, y considera su trabajo y su dolor, para traerla en sus manos.

Desamparado está el hombre, pero el Señor es ayudador del huerfano; por eso es bueno para mí que me humillaras, porque en esto me consuela tu palabra, que llama a los sedientos y dice: bebed de la doctrina de mi vida y ejemplo, *quia mitis sum et humilis corde*.

Y así de vuestras entrañas secas y sin jugo de devoción, manaran aquellas fuentes de devoción viva, que cuanto profundare en el abismo de su miseria y tierra, saltara hasta la vida eterna.

En la amargura amarguísima tendré paz, y en la amargura moraré; haré de ella un nido de descanso, y en este nido propio mío, moriré a mí para vivir y revivir con tu calor, que a ninguno se niega, que mira lo humilde y resucita del estiércol al pobre.

Y el desprecio que antes no quería tocar, porque a mi alma era manjar sin gusto, desabrido y sin sal, ya por la angustia que sentí, padece cuando vanamente se quiere ensalzar (porque la otra es angustia del sentido engañoso, pero esta angustia de mi alma que la penetra y divide) tendré el desprecio y la humillación, la pobreza y oprobios por dulce y sabroso, y serán mi manjar.

¿Qué madre amorosa y tierna, dejó llegar a su mano ilesa el rigor del cauterio, por quitar el temor al niño pequeño, que lo necesita? Copiosa fue, Señor, mi redención, pues no sólo con vuestra muerte ganasteis mi vida, si también me redimisteis del temor de mis enemigos.

Enviaste las saetas de vuestras palabras y los disipaste; multiplicaste la luz de tus ejemplos, y los conturbaste; y cuando por tus hijos no dudaste subir al tormento de la Cruz tomando en tu inocencia los oprobios y afrentas quisiste el temor y asombro que pudieran causar en mi alma al recibirlos.

Con dejar oscurecer tu hermosura y majestad, diste luz a mi alma; y cuando multiplicaste tu luz, en tempestad de penas, y asombro de la naturaleza careciendo del refrigerio a tu sed, aparecieron las fuentes de las aguas en la doctrina y ejemplo de tu desamparo, humildad y pobreza. Entonces se halla reprendida la tierra, y descubre sus fundamentos, cuando te ve, Dios altísimo, que caminas sobre las plumas de los vientos, humillado al improperio de la Cruz; esta es la inspiración del espíritu de tu ira, contra la elación y soberbia.

La voz del Señor sobre muchas aguas resonará y se oirá en virtud y en magnificencia; y siendo para los humildes que te aman y temen, luz, camino y guía que les manifieste: ¿quién como Dios en poder y en grandeza?, ¿quién como Dios, que ha de vivir eterno?, etc., será para tus enemigos temor, espanto y confusión; y a la voz de tu trueno tendrán temor y espanto formidable.

Tu voz quebrantará los cedros que más se levantan, tanto con mayor furor cuanto más resistiere su soberbia; Tú los confundirás, y poniendo tu voz como nube que los sigue, irán de abismo en abismo, porque tu ciencia infinita a aquél se opone que no ve su ignorancia.

Oh Dios infinito, que sólo en los clarísimos ojos de tu ciencia no hay engaño, ni sombra que pueda oscurecer tu vista; envía tus saetas que claven con tu temor mis apetitos de carne, para que así tenga el principio de tu sabiduría.

Multiplica tus relámpagos para que, creciendo con tu temor la luz, vea con ella los fundamentos de la tierra estéril de mi malicia y miserable sér, y no pueda decir: oh Padre amado, que la parte de tierra que me diste no tiene regadío!, porque, aunque esto sea por mi naturaleza, estando mi alma delante de ti como tierra sin agua, tu gracia me enseñará y traerá las fuentes de las aguas, y en ellas hallaré el espíritu de tu amor.

Llama a mi alma al desierto del corazón, y muéstrale el campo adonde conozca los huesos áridos en que se resuelve todo sér de la carne, cuya carrera aun antes de acabarse se corrompe.

Dame que conozca ser más tuya que mía mi alma, porque Tú quitarás el espíritu de ellos, y descacerán y se reducirán a polvo; dame que mire como tuya mi alma, pues me la has de quitar cuando quisieres; dame que no la haga servir en los convites de mi naturaleza y pecado, porque cuando la pidas no la halles profanada y la quiebres; dame que la aborrezca

no permitiéndole la embriaguez y maldad, por que no me pierda
y la pierda con odio eterno.

No gane siquiera para ella lo grande y levantado del
mundo, porque al revelarse los fundamentos de la tierra, no
padezca en tus saetas, y voz, su detrimento.

Francisca Josefa del Castillo

